

HOMENAJE AL PRESIDENTE SALVADORALLENDE GOSSENS

Cámara de Diputados, 3 de septiembre de 2003

BANCADA PARLAMENTARIA PARTIDO POR LA DEMOCRACIA

HOMENAJE DE LA BANCADA DE DIPUTADOS DEL PARTIDO POR LA DEMOCRACIA EN MEMORIA DEL EX MINISTRO, SENADOR Y PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DR. SALVADOR ALLENDE GOSSENS EN EL TRIGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Señora Presidenta, Honorable Cámara, familiares del ex Presidente Salvador Allende Gossens que nos acompañan en esta Sala, estimados colegas, amigos y amigas:

En nombre de la Bancada de Diputados del Partido por la Democracia tengo el honor de rendir solemne homenaje en la memoria de quien fuera destacado diputado, Presidente del Senado, Ministro de Estado y Presidente Constitucional de la República, el Doctor Salvador Allende Gossens, al recordarse próximamente el trigésimo aniversario de su muerte. Debo decir también que es un honor rendir este homenaje cuando compartimos el Hemiciclo con Ud. Presidenta, hija de quien ha marcado un importante sello en Chile y en su historia.

Estimados colegas, hablar de Salvador Allende es hablar de una parte sustantiva de la Historia del Chile Republicano, es hablar del Chile meritocrático, liberal e ilustrado: de un Chile que se sentía legatario, ya en ese entonces de las largas luchas por la libertad, la igualdad y la fraternidad, proclamada cien años antes por la Revolución de las Luces.

Allende, nacido, en este Puerto, en Valparaíso, el 26 de junio del año 1908, siempre se sintió parte de una naciente clase media intelectual, que a través de la educación, a cargo del liceo y de la universidad pública, asciende en la escala social y comienza a desplazar a las oligarquías conservadoras.

Cuando uno trata de desentrañar el pensamiento de Allende, y la profunda motivación de sus actos, necesariamente debe dar cuenta de la historia de su familia; de su padre, un abogado que oficiaba de notario público, masón y de militancia radical; de su madre, una católica de misa diaria y sobre todo de su abuelo, don Ramón Allende Padín, por quien Salvador guardaba una enorme admiración, este médico, parlamentario radical, que llegó a ser Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, fue su primer ejemplo de servicio público. Sobre él, Allende proclamaba el año 1927 al terminar sus estudios en el Liceo Eduardo de la Barra. "Quiero ser como mi abuelo: estudiar medicina y favorecer a los humildes y necesitados". Fue esta admiración y este respeto a las tradiciones familiares, que lo hicieron integrarse también a la Orden Masónica y declarar 33 años más tarde, cuando ya ejercía la primera magistratura de la Nación: "He recibido como única herencia un

nombre limpio y una vocación para servir al Pueblo, nacida de la formación masónica de mis antepasados.”

Allende opta por la Medicina. En la Universidad Chile, cursa sus estudios. Fue un destacado alumno, pese a que realiza múltiples actividades paralelas. Comienza a demostrar sus dotes de líder natural, carismático, estudioso, culto, cálido, un hombre que seducía con su palabra y con sus anhelos de comenzar a transformar su entorno. Así, crea el Grupo Avance, primer espacio de encuentro político de los jóvenes de pensamiento progresista en la Universidad; llega también a presidir la naciente Agrupación de Estudiantes de Medicina, y luego a ser Vicepresidente de la FECH.

Una larga enfermedad de su padre, al momento de egresar de su carrera, le motiva a volver a Valparaíso. Recién recibido, postula a un cargo de médico en el Hospital Carlos Van Buren, a tan solo dos cuadras de este Congreso. Osvaldo Puccio, su secretario personal nos cuenta:

“Se presentó a un concurso en el Hospital, en el que participaron 10 médicos y lo ganó. Pero la Dirección del Hospital lo declaró nulo y volvió a llamar a concurso. Esta vez se presentaron 4 médicos. Allende volvió a ganar y la Dirección lo declaró de nuevo nulo. La tercera vez hubo sólo 2 postulantes. Allende ganó una vez más, y la Dirección nuevamente declaró nulo el resultado. La próxima vez Allende fue el único postulante, entonces la Dirección declaró vacante el cargo”.

De esta forma, el Allende veinteañero, demostraba su porfía en las empresas que iniciaba y al mismo tiempo, comenzaba a sentir en carne propia, lo que era la discriminación y la persecución política, ante la cual, no se amilanaba, sino que se resistía.

Finalmente, y en un acto que tenía más de rebeldía, que de otra cosa, acepta un cargo menor, de médico tanatólogo, el cual desempeñó por casi dos años, junto a su colega el joven médico y poeta Rolando Lorca. Hasta el día de hoy, se conservan en el Museo abierto al público en el Hospital Van Buren, parte de los cientos de protocolos de autopsia que escribió a mano. Al leer sus notas, la descripción que hacía de los cuerpos sometidos a su examen, aparece, un Allende distinto, un Allende que le vio la cara a la muerte, no una, sino que muchas veces; que de seguro, pudo comprobar que en la muerte no se igualan ricos y pobres, como nos suele enseñar la doctrina eclesiástica, porque el dolor, las miserias y las privaciones de los pobres se impregnan en sus rostros y las tristezas se quedan pegadas en su piel, de por vida y los acompañan también en la muerte. Sólo un Allende que fue capaz de mirarle la cara a la muerte, podía tener esa vocación por la vida; un Allende que probablemente, solo, en la frialdad de los pabellones de ese antiguo Hospital, observaba el resumen inerte de una vida de privaciones ante sus ojos. Sólo así, se explica esa opción por la vida, que fue capaz de convertirla en impulso político, transformador y liberador.

Ese espíritu, estimados colegas, fue el que lo motivó a sumarse a la proclamación de la República Socialista. Una República Socialista, a la usanza de la época, que tenía más de poesía y de buenas intenciones que de proyecto político. Una República Socialista dirigida por Marmaduke Grove, que se anunciaba el día antes, mediante panfletos distribuidos en las principales calles de Santiago y Valparaíso y que decían: “Mañana es la República Socialista... aunque llueva”.

Y así fue, aunque llovió, se constituyó la República Socialista de Chile, el año 1932, y Salvador Allende, a cargo de organizar este verdadero acto poético e idealista, en Valparaíso, es detenido junto a su hermano Alfredo en las gradas de la Escuela de Derecho, mientras arengaba a los estudiantes. Logró zafarse de sus captores, huyó de la policía, porque sabía que su padre enfermo se agravaba y debía acudir a su lecho en la ciudad de Viña del Mar. Vuelve a ser detenido, y ruega a sus guardianes el permiso para visitarlo, sería el último día en que lo vería con vida. Ante la tumba de su padre, prometía al día siguiente consagrar su vida a la lucha social.

Así se inicia un largo periplo de Allende, como dirigente político, como fundador del Partido Socialista de Chile el año 1933; del Allende Diputado, del Allende Ministro de Salud, cuando solo tenía 37 años y pasó integrar el Gabinete del Presidente Pedro Aguirre Cerda, en los tiempos del Frente Popular. Del Allende, Presidente del Colegio Médico de Chile. Del Allende Parlamentario, que llegó a ocupar el más alto cargo del Poder Legislativo chileno, la Presidencia del Senado de la República, un Senado, en el cual ha quedado marcada su huella tanto política como legislativa.

Como legislador, Allende se concentró en los temas de la salud pública y en las condiciones de vida de los más pobres. De su autoría son las mociones que dieron lugar al Servicio Nacional de Salud; a la Corporación de la Vivienda, la famosa CORVI, hoy SERVIU, por decenios, puntal de la política habitacional de Chile. Fue él quien promovió la Ley que otorgaba el derecho a sufragio de las mujeres; redactó las leyes de amnistía para Pablo Neruda y los cientos de chilenos encarcelados o relegados por efectos de la Ley Maldita de González Videla. Fue Allende, como senador, quien defendió la soberanía chilena sobre la actual comuna de Chile Chico y sobre otros territorios patagónicos en Aysén y Magallanes, respecto a los cuales existían pretensiones de ocupación por parte de los gobiernos trasandinos de la época.

El compromiso de Allende con la función parlamentaria, lo llevó en su momento a crear las actuales oficinas de informaciones de la Cámara y del Senado, a modernizar y ampliar sus plantas de personal, pues entendía que ello era esencial para mejorar la calidad de los procesos de formación de la ley.

Allende, como buen republicano, tenía oficio político. Su famosa muñeca, no era otra cosa que la habilidad de conseguir consensos, mediante el diálogo, la persuasión, la negociación; sabiendo argumentar posiciones y teniendo la tolerancia para admitir el disenso y la flexibilidad para renunciar a las pretensiones propias. Ese oficio político, antaño se lograba en los pasillos y en los salones del Parlamento, de la Asamblea Democrática por excelencia; ese oficio, esa capacidad de ser tolerante y no maximalista, marcarían su rumbo durante toda su vida política.

Señora Presidenta, Honorable Cámara:

Por 50 años, Salvador Allende fue el líder indiscutido del movimiento popular chileno, del cual nacieron los partidos políticos formados al calor de las luchas sociales y que comenzaron poco a poco a crear una plataforma amplia de reivindicaciones, en la cual se sumaban contenidos doctrinarios antiguos y nuevos. A los tradicionales valores de la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas, de la tradición liberal, se suman al pensamiento de Marx y las posiciones marxistas más abiertas como así también de la social democracia. Ese pensamiento que se actualiza a la realidad latinoamericana con Mariátegui en el Perú y con Eugenio González en Chile.

Para Allende, lo importante era construir un proyecto político popular, nacional y latinoamericanista, inspirado en los valores de transformación social que propugnaban los partidos de la izquierda progresista.

Allende, con el correr de los años, se transforma además en un líder político del Tercer Mundo, incluso antes de acceder a la Primera Magistratura de la Nación.

El profesor y economista Sergio Vuskovic se preguntaba en una obra de reciente edición, qué es lo que hace que en más de 100 ciudades del mundo existan calles, avenidas o plazas que llevan por nombre el de Salvador Allende. Desde Madrid hasta Sídney, pasando por Alemania, Holanda y Bélgica; más de una cuarentena de ciudades y pueblos de Francia, que abarcan lugares tan diversos, desde las posesiones francesas de Ultramar, hasta el Barrio Latino en París; desde La Habana hasta Guinea Ecuatorial en África. Colegios, escuelas, teatros, hospitales, gimnasios, en Turín, Italia, en Málaga, España, en Lima, Perú, llevan con orgullo el nombre de Salvador Allende. ¿Qué hace que personas de tan disímiles latitudes, de culturas e incluso sistemas políticos tan diversos, quieran honrar la memoria de este Presidente Constitucional de Chile? ¿Qué es lo que él ha significado para ellos, para sus pueblos...? La respuesta no es sencilla. Allende representa muchas cosas, muchas más incluso que las que puede representar para nosotros los chilenos, pues su nombre pasó hace mucho a ser universal; su martirologio en La Moneda ha quedado como testimonio vivo de gallardía, de virilidad a toda prueba y de lealtad a su Pueblo.

Allende es para los extranjeros la defensa de la democracia y el anhelo de reformas políticas y sociales profundas, de mejores tiempos para los oprimidos, para los desplazados, para los marginados, en definitiva, para esos perdedores de siempre en una sociedad injusta, a cuya promoción y liberación se comprometiera moralmente ante la tumba de su padre.

Estimados colegas, queridas amigas y amigos que nos acompañan:

Alguien ha dicho, recientemente, que los que hemos solicitado este homenaje pretenderíamos reescribir la Historia. La historia, los hechos, las acciones y también las omisiones de cada uno, ya se verificaron, y provocaron sus efectos, efectos dolorosos, pues tras la Muerte de Allende y el derrocamiento de su Gobierno, se vivió en nuestro país una tragedia sin precedentes y sin parangón en su Historia, una historia que se niega a ser olvidada y que no podemos nosotros reescribir.

Quienes apoyamos el Gobierno de Allende, cometimos errores, y ya hace mucho tiempo, los hemos reconocido, pero ese reconocimiento no puede opacar la justicia del recuerdo que aún guardamos de la nobleza de los ideales; de la nobleza de esa masa cada vez más creciente de obreros, empleados, funcionarios públicos, dueñas de casa, intelectuales, profesionales, comerciantes, pequeños empresarios, mineros, pescadores, campesinos y mapuches, que creyeron en los sueños de un Chile más justo y más digno.

La figura de Salvador Allende, de un Salvador Allende que tuve el honor de conocer personalmente cuando montado a caballo y vistiendo una sencilla manta mapuche, salía con mi padre, en ese entonces diputado, a recorrer los senderos más estrechos de La Araucanía, para sentarse a dialogar de tú a tú con peñis, loncos y caciques, llevando su palabra de solidaridad y de justicia a los pesares de ese Pueblo Mapuche, por el cual tanto cariño y admiración sentía, como me consta personalmente.

Señora Presidenta, Honorable Cámara:

Allende, significa mucho para Chile y para el mundo. Más allá de los aciertos y de los desaciertos de su Gobierno, él encarnó lo mejor de nuestras tradiciones republicanas, pese a las injustas críticas que recibía de quienes políticamente estaban en su entorno más cercano y que no entendían su compromiso de respeto por las tradiciones democráticas de la República.

Si tuviera que usar una sola palabra para calificar a Allende como ser humano, diría, sin lugar a dudas, que fue intenso. Sí, él era un hombre intenso, un hombre que desbordaba vitalidad y, sin embargo, no dudó en entregar lo que más amaba, la vida, por la causa que consideraba justa.

Son tantos los recuerdos que se agolpan en nuestras mentes, tantos los momentos de alegría y de profundo dolor que se mezclan al recordar a Salvador Allende y al recordar su tragedia. Si hemos querido rendirle este homenaje, es porque él se lo merece, tan solo por ello, no queremos endiosarlo, no queremos transformarlo en icono vacío, en una especie de souvenir de exportación. Pero no podemos negar que Salvador Allende es un ejemplo de lealtad y consecuencia con sus principios. Por ello, este homenaje es también para tantos otros que como él, murieron por aquello en lo que creían: una sociedad más justa, más digna y libertad. Pero por sobre todo un país más de hermanos.

Hasta hoy, suenan en nuestros oídos las palabras tranquilas de su último discurso. Un verdadero testamento político, improvisado bajo el tronar de la metralla y la amenaza del bombardeo final. En Radio Magallanes, le decía a Chile y al mundo:

“Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo.” -Y concluía-
“...Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”

He dicho.

Eugenio Tuma Zedán

Jefe de Bancada Partido Por la Democracia